

# Los desastres ¿naturales?

Gerardo Alatorre Frenk

## Notas a propósito de los huracanes en el Golfo de México

Las catástrofes climáticas de origen natural se terminaron. Es tal la perturbación que ha sufrido el clima planetario a causa de las emisiones humanas de gases termoactivos (es decir, los que acentúan el efecto invernadero, como el CO<sub>2</sub>), que ya es imposible saber en qué medida un huracán o una sequía o un diluvio son fenómenos naturales y en qué medida resultado de la actividad humana.

El clima, que por definición es variable, está acentuando su variabilidad. Revisando algunos fenómenos que han ocurrido en los años recientes vemos que las lluvias han inundado regiones enteras; el fenómeno de El Niño está haciéndose cada vez más violento y frecuente; las tormentas caen con una fuerza inusitada; las sequías en ciertas regiones duran años; los incendios forestales han sido devastadores; se amplían las zonas desérticas; crece la preocupación en las poblaciones que viven en pequeñas islas y en zonas bajas, por la elevación del nivel del mar (más de cien millones de personas viven casi al nivel del mar); se reducen las zonas de hielo (glaciares y picos de montañas), lo que provoca una disminución en el abasto de agua en las regiones que dependen del derretimiento anual de ese hielo; diversos ecosistemas y diversas sociedades sufren ya los impactos del cambio climático.

El cambio climático no es algo nuevo en la historia humana; lo que sí es nuevo es que estos cambios se produzcan en un tiempo tan corto. En pocas décadas las temperaturas medias se están elevando a récords históricos, siguiendo una curva paralela a la de la concentración atmosférica de los gases de invernadero (lo que no impide que también se registren inviernos sumamente fríos, como consecuencia de la disrupción en los inestables equilibrios climáticos —por lo cual puede ser más preciso hablar de cambio climático y no de calentamiento global).

En Veracruz y la sierra de Puebla recordamos con dolor el desastre del 1999, cuando llovió durante días, los cerros se desgajaron matando a gente, y los ríos se desbordaron. Después vino 2005, con violentos huracanes que los meteorólogos atribuyeron a “una fase de hiperactividad ciclónica en el Atlántico, que podría abarcar entre diez y veinte años”. Difícil será olvidar los efectos de Stan o de Wilma en el sur de México. Katrina llevó a millones de pantallas de televisión las imágenes de una tragedia muy similar a la que, de manera más invisible, muchas poblaciones del planeta han sufrido y siguen sufriendo. Lamentables pérdidas de vidas humanas, de viviendas y obras de infraestructura, lamentable desastre.

Lo peculiar de Katrina es que golpeó duramente a los Estados Unidos, un país que, con sólo el 5% de la población planetaria, genera la cuarta parte de las emisiones totales de gases de invernadero; y un país cuyo gobierno, desde hace por lo menos 15 años, se ha negado a participar en los esfuerzos que numerosos países y organizaciones están haciendo para limitar las emisiones humanas de gases de invernadero y proteger el sistema climático. Buscando incluir al país más contaminante, la Convención Marco de las Naciones Unidas sobre Cambio Climático fue haciéndose cada vez más light. Pero ni así. Una opinión pública desinformada, un modo de vida dependiente de la quema desmedida de combustibles y la fuerte presión ejercida por grupos industriales del petróleo, del carbón, el automotriz, la industria militar y otros, han impedido que los Estados Unidos firmen el Protocolo de Kioto.

El cuerpo de científicos de todo el mundo que, bajo los auspicios de la ONU, se dedicó a estudiar el fenómeno y sugerir medidas preventivas, recomendó lograr, para el año 2050, que las emisiones se redujeran a un volumen equivalente al 60% de las emisiones totales de 1990. El Protocolo de Kioto sólo establece, en promedio, reducciones de 10%. Algo es algo, dicen algunos; pero no hay que olvidar que los gases emitidos mantienen su efecto de invernadero durante muchos años. Aún cuando las emisiones empiecen a disminuir, el efecto invernadero de las emisiones pasadas se mantendrá durante largas décadas o incluso siglos.

Para terminar, unas preguntas: ¿Habría Katrina ayudado a los norteamericanos a asumir, por fin, la responsabilidad que les corresponde como habitantes de este planeta? ¿firmarán e impulsarán, ahora sí, el Protocolo de Kioto? ¿o serán necesarios huracanes aún más violentos?

Todo este sufrimiento que en tantos países causan los mal-llamados desastres naturales, ¿será la señal de alarma capaz de movilizar las voluntades humanas y políticas hacia otras formas de concebir al progreso y al bienestar, hacia nuevos tipos de modernidad, menos contaminantes, menos basados en la energía fósil y en el producir-consumir, y más respetuosos de nuestra única casa, nuestra madre, la Tierra? ■